

# EDITORIAL



Uno de los problemas a los que nos vemos encadenadas en esta sociedad el 50 % de la población, es la esencia de ser MUJER. TODAS y menciono TODAS, vivimos en un sistema, donde si en la actualidad y en “algunos o muy pocos lugares del mundo” ya se ha avanzado en el asunto, en el pasado (que es un presente cercano), por ser mujer estábamos relegadas a un segundo plano, a un tercero o un cuarto inclusive. No teníamos derecho a voto y mucho menos a la educación, y por ser MUJER y saber, nos quemaban en las hogueras. Evidentemente, hablo de la sociedad patriarcal capitalista en la que vivimos, sistema que se nutre de los privilegios que adquieren unos a costa de la desposesión de privilegios de otras. La dicotomía en la que nos movemos, nosotras las mujeres entre producción y reproducción es latente. En este constructo social actual, los hombres deben de formar parte de trabajo productivo y las mujeres del trabajo reproductivo; pero claro, lo que se invisibiliza es el aporte que las mujeres realizan hacia los hombres, para que éstos se realicen en su vida productiva y pública, y donde además se les remunera monetariamente. Sin embargo, las mujeres somos explotadas económicamente en nuestro rol de reproductoras porque no se nos paga, no se nos paga por ser amas del hogar, por la atención y cuidados de la familia o descendencia, y otras tantas labores de la vida privada. Y es aquí en este sistema donde se nutren las relaciones de poder entre la *dominación* y la *sumisión* entre géneros.

Pero claro, no nos damos cuenta de que desde que somos bien moldeables, es decir, niñas y niños, nos forman en una educación sexista y la sociedad lo acepta por ser *‘lo normal’* o *‘lo natural’*. Pero ¿qué significa la palabra normal? ¿qué se cumple con la norma? Antes era normal la esclavitud ¿pero es la esclavitud NORMAL hoy en día? Aquí entra en juego la educación. Porque es la educación que nos enseñan en casa (lo concebido por la sociedad como NORMAL), la educación de las escuelas (de nuevo LO NORMAL) donde se reproducen las relaciones de poder dominación / subordinación. Inconscientemente reproducimos tanto mujeres como hombres, lo que la educación sexista y de

constructos sociales nos enseña, es decir, nos dicen cómo debemos de querernos para que nos quieran, que para ser una mujer plena necesitamos a un hombre que nos proteja ¿acaso nosotras no nos sabemos proteger? Que tenemos que ser guapas, cuidar nuestra belleza, ser sensuales y sensibles, madres que cuidan a la prole, y tener un comportamiento sexual pues *‘normal’*; y a parte si vas a ser MUJER y PROFESIONAL, debes de decantarte por las ciencias sociales o por las carreras de cuidadora (enfermería, medicina, etc.), que si no tenemos esas cualidades nadie nos va a querer, a querer, a querer. Pero... ¿por qué no nos enseñan a querernos a nosotras mismas? ¿por qué no nos enseñan a no necesitar depender de nadie?

Lo que no sabemos es que la educación sexista comienza también con el lenguaje, en el cómo hablamos. Lera Boroditsky en su artículo ‘How Language Shapes Thought’ (‘cómo el lenguaje forma el pensamiento’) explica que el lenguaje condiciona el conocimiento y nuestra construcción de la realidad, es decir, nuestra comunicación verbal construye o diseña nuestra experiencia humana sobre la percepción del tiempo, el espacio, las *relaciones interpersonales* o la causalidad. Entonces, modificando nuestro lenguaje, modificamos nuestra forma de pensar y así modificamos nuestra realidad. Desde luego, esta nuestra lengua española, es sexista *per se*, y no es mi objetivo cambiarla; pero sí deseo reivindicar un lenguaje más inclusivo cuando hablamos en plural. En general, e inconscientemente por nuestra educación sexista e interiorizada, cuando hablamos en plural invisibilizamos a la mujer, con términos como ‘los alumnos’, ‘los trabajadores’, ‘los investigadores’, ‘los redactores’, etc. Es por ello, por lo que debemos de comenzar a hablar utilizando construcciones impersonales que no estén delimitadas por el género, como, por ejemplo, *‘el alumnado’*, *‘la plantilla’*, *‘el personal investigador’*, *‘la redacción’*, etc.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las **MUJERES**, pero a las **MUJERES CIENTÍFICAS**. María Cecilia Hidalgo Tapia, en su artículo ‘Mujeres y Ciencia’, lo explica muy bien cuando

expresa que las mujeres en el mundo enfrentamos serios retos para hacer ciencia y estamos subrepresentadas en puestos de liderazgo científico y académico, a pesar de que las mujeres nos graduamos y doctoramos más que los hombres. Es la manifestación propia de un desequilibrio relacionado con las diferentes oportunidades entre hombres y mujeres. Pero claro, el bagaje histórico y cultura nos acompaña, aparte de Marie Curie, ha habido tantas mujeres científicas ¡TANTAS! como Lise Meitner, Chien – Shiung Wu, Margarita Salas, Rosalind Franklin, Esther Lederberg, Marietta Blau, Ada Lovelace, Sophie Germain, Dottie Thomas, Florence Nightingale, Vera Rubin, Ángela Ruíz Robles, y así un eterno etc. Pero éstas han sido invisibilizadas e ignoradas e incluso algunas no reconocidas como científicas, pero no nos olvidemos por quién, ‘el patriarcado’. Indudablemente, esta forma de organización social predominante nos emite ese mensaje donde el trabajo científico no es compatible con la responsabilidad familiar, pues la sociedad nos enseña que ciertas áreas de la ciencia son para hombres, por ser éstas muy competitivas y de gran dedicación laboral, y con unos horarios incompatibles con la reconciliación familiar ¿Pero todavía no nos preguntamos porqué son tan pocas las MUJERES INGENIERAS? ¿Por qué hay tan pocas mujeres profesoras titulares y en las academias nacionales en ciencia en el planeta tierra? ¿Por qué nos cuesta tanto conseguir financiamiento para investigación? ¿Por qué nos contratan menos frente a los hombres? ¿Por qué ganamos menos? ¿Por qué nuestro trabajo se juzga y se sobre juzga más por ser una mujer quién lo desarrolla? Y, además, ¿por qué nuestras investigaciones son menos reconocidas? ¿Por qué sólo el 3 % de los premios nobel han sido otorgados a mujeres? ¿Por qué el hogar y la familia recaen más en las carreras de las mujeres?

El sesgo de género o el sesgo cultural en el cuidado de los hijos e hijas, y el estereotipo ciencia – hombre, son los factores que marcan la diferencia en el avance de la mujer científica, en la actualidad. No sólo nos cuesta avanzar que, al participar en mesas de trabajo, nos debilitan la voz, o no nos dejan terminar, o nos ignoran y si un hombre dice lo

mismo que una mujer ¡al hombre lo aplauden! Es más, las evidencias señalan que nosotras las científicas, cuando no tenemos ni matrimonio ni hijos, el avance y reconocimiento científico también es ralentizado y encontramos los mismos obstáculos, y más obstáculos, y más obstáculos ¡Bravo! Viva la brecha de género en la ciencia.

Claramente, y gracias al *movimiento feminista*, gracias a todas esas mujeres que se manifestaron porque no tuvieron *miedo*, hoy tenemos derechos; pero todavía, tal y como las cifras hablan, no es suficiente. Hay que mantener los derechos conquistados, y seguir luchando por esa igualdad universal; pero para esto, los hombres también sois la clave. Dejemos de ser *víctimas y victimarios*, en nuestro comportamiento cotidiano está la clave del cambio hacia unas relaciones de *igualdad y equidad*. Analicemos nuestros actos, y si sabemos que tendemos al machismo, no nos juzguemos, pidamos perdón, y modifiquemos nuestra conducta. Las relaciones de apoyo, de cooperación y solidaridad entre iguales, para el bienestar común, sin importar el género son las que nos guiarán hacia una nueva transformación social.

Como siempre se os invita a la reflexión, os dejo con una expresión de Ruth Bader *‘La libertad de ser Tú y Yo’*.

Si nosotras paramos, se para el mundo. 🍃



Sonia Mateos Marcos